CUENTOS, LEYENDAS
Y
COSTUMBRES POPULARES,

POR

Don Federico de Castro

Y DON ANTONIO MACHADO Y ALVAREZ.



SEVILLA.

IMPRENTA GADITANA, VELAZQUEZ 7.

1873.

BIBLIOTECA DE LA VOZ DE LA JUVENTUD.

CUENTOS, LEYENDAS
Y
COSTUMBRES POPULARES,

POR

D. FEDERICO DE CASTRO.



SEVILLA.
IMPRENTA GADITANA, TRAJANO 29.
1872.

LA CODICIA. (1)

CUENTO POPULAR.

Cerca de una ciudad de cuyo nombre y circunstancias la tradicion no recuerda más de que era antigua y populosa, y en época que los narradores no se detienen á fijar (2), habia, apartado de todo camino, un extenso y ruinoso caseron. ¿Quién lo levantó? ¿Cuál era su destino? Nadie lo sabia. Abandonáronlo sus dueños, la lluvia horadó sus techos y ennegreció sus dorados artesones, millares de plantas nacidas entre los huecos de sus paredes con sus pequeñas raices movieron los sillares, el topo y las culebras socabaron sus cimientos, la polilla consumió sus riquísimas maderas, las aves anidaban en sus carcomidas torres, por todas partes miriadas de pequeños insectos buscaban en él habitacion y co-

(1) Tomado de la tradicion, hasta en el detalle, ofrece este cuento, además de su carácter esclusívamente moral, muy raro en los populares españoles, la inapreciable singularidad de expresar un momento artístico muy superior al simbolismo oriental y á la leyenda milagrosa de la Edad Media, y que parece producido por la compenetracion de estos dos elementos en un más alto ideal. Los doctos juzgarán si nos equivocamos.

(2) Aunque es propio de la musa popular la indeterminacion de los lugares y de los tiempos, como que expresando aspiraciones generales de la nacion, en todos los momentos y en todas las localidades pueden encontrarse, es muy de otro género la indeterminacion que aquí señalamos: cada cual atribuye á su pátria la gloria de haber presenciado los sucesos que en la leyenda se refieren; ninguno se ha atrevido á poner un nombre ni una fecha en la tradicion que transcribimos, y es que las leyes morales son universales y eternas.

mida, era un moribundo que los gusanos devoraban antes de espirar. Nadié sabia por qué, quizá ninguno se atrevia á confesarlo, pero todos huian de su encuentro. Sólo la miseria pudo vencer esta general repugnancia. Dos mujeres destituidas de todo amparo buscaron entre sus ruinas un albergue. Por las mañanas, al nacer el sol, salian á la cercana ciudad; por las tardes, al ponerse volvian con la limosna recogida. Un dia (era yá el otoño) el cielo encapotado con densas y blanquecinas nubes amenazaba récia tormenta, por lo que nuestras mujeres temerosas se apresuraron á recogerse. Y no sin motivo, pues apenas habian entrado bajo su carcomido techo, cuando la tormenta estalló. El trueno estremecia los yá débiles muros; gruesas y cálidas gotas, arrastrando al pasar pedazos de la vieja techumbre, penetraban hasta el pequeño cuarto en que madre é hija, puestas de rodillas, se encomendaban á Dios, creyendo llegado para ellas el último trance. De pronto y cuando un inmenso relámpago rasgaba el nublado, récios golpes amenazan derribar la desvencijada puerta. ¡Quién era capaz de penetrar en aquel sitio y en tan tremenda hora! La puerta, cede, en fin, á los repetidos empujes y aparecen en el extenso patio dos hombres que, por sus trajes y extraña catadura, no tienen semejante con ninguno de los nacidos; acaso debieron pertenecer á alguna remota y desconocida tribu del Oriente á juzgar por los anchos y negros turbantes con que rodeaban sus cabezas y por los poderosos dromedarios que montaban. Demandan los extrangeros posada por una noche y ofrecen en pago una moneda de oro. Quedan suspensas las infelices mujeres sin saber qué hacer. ¿Cómo quedar á merced de aquellos que si hombres eran y nó diabólicos engendros de la tormenta, trazas tenian de hechiceros y nigrománticos más que de honrados mercaderes? ¿Y por otra parte, no seria faltar á los deberes de la hospitalidad despedirlos con tan crudo tiem-

po? ¿Ni cómo podrian obligarles á partir aunque quisieran? Además, negarles la entrada ¿no sería ceder á una perversa é injustificada sospecha? Tales fueron las reflexiones que de tropel y en un momento acudieron á las asustadas mujeres y que al cabo las decidieron á condescender con la súplica de los extranjeros, proponiéndose tomar, sin embargo, contra cualquiera tentativa de su parte las convenientes precauciones. El narrador de esta historia me aseguró, sin embargo, que no poco influyó en esta decision el brillo tentador de la moneda que, léjos de ser como sus dueños anticuada y difícil de clasificar, era de reciente cuño y de cumplido peso.

II.

Hecho el contrato como queda referido é ínterin los extraños mercaderes buscaban (empresa no muy fácil) por las cuatro alas del castillo sitio donde pudieran permanecer ellos y sus cabalgaduras, defendidos de la lluvia, encerráronse las mujeres en su habitacion, y no contentas con atrancar la puerta con todas las cosas que tuvieron á mano, decidieron de comun acuerdo quedarse de atalaya toda la noche en una pequeña ventana, remudándose, á guisa de centinela, por temor de que las rindiera el sueño. Las horas trascurrian, sin embargo, y nada parecia justificar la necesidad de tan severa vigilancia. El aposento en que los huéspedes se encerraron permanecia mudo; sus temidos habitadores no daban señal de sí, y la tormenta, disipándose, dejaba ver un cielo azul y sereno que convidaba al reposo. Tentada estaba la hija, que era la que velaba entonces, en abandonar la entreabierta ventana, donde comenzaba á sentirse un airecillo penetrante, cuando hé aquí que apenas las estrellas del carro señalaron la media noche salen de improviso los orientales huéspedes y se dirigen al patio.

Conteniendo el aliento y disimulando sus pisadas llama á su madre la vigilante moza y juntas esperan ver el progreso de esta aventura, dispuestas á descolgarse al campo por uno de los huecos de la galería si las cosas llegáran á punto de que en conciencia se creyeran obligadas á tomar tan desesperado partido. Mas no eran ciertamente sus personas lo que ocupaba á los viajeros. Salidos de su cámara colocaron cabalísticamente y con extrañas ceremonias una gran antorcha de cera encendida en cada uno de los ángulos del patio y situándose en su centro murmuraron á modo de salmodia cuatro palabras desconocidas que repitieron despues en cada uno de los estremos, haciendo con la mano unas como bendiciones ó señales de dividir. Escuchóse entónces un temeroso estruendo, temblaron las paredes, comprimiéronse las anchas y marmóreas losas y dejaron abierta una profunda sima que permitia ver los peldaños de una no muy incómoda escalera. Penetró por ella el más jóven y robusto de los extranjeros y no tardó en volver agobiado con un pesado saco de barras de oro y de preciosas piedras henchido, que al depositarse en el suelo alegró los oidos y los ojos de nuestras dos heroinas con el ruido metálico que produjo el choque y con el brillo de los diamantes, topacios y záfiros que de él profusamente se derramaron. Recogiólos el viejo y continuó el jóven en sus viajes hasta que las antorchas casi consumidas, la proximidad del dia y la cantidad extraida con que apénas podian moverse los valientes dromedarios aconsejaron dar la operacion por terminada. Apagaron las luces, cerróse la sima, marcháronse los viajeros y de tal manera recobró todo su acostumbrado aspecto, que nuestra, mujeres creyeran fascinacion del sueño los sucesos que ante sus ojos habian acontecido á no ser por los grandes montones de cera derretida que sobre las losas encontraron.

III.

Clareaba apénas la nueva aurora y yá nuestras heroinas habian reconocido minuciosamente todas las estancias del edificio para asegurarse de la partida de sus huéspedes. Recompusieron luégo con gran trabajo la puerta que aquellos habian forzado, cerráronla y fortificaron interiormente, y arrancando y reuniendo luego con tanto esmero como si de polvos de oro del Tibar ó de menudas perlas se tratára, la cera que las losas del patio conservaban, formaron con ella y algunos hilos cuatro toscas cerillas, con lo que, y con repetir contínuamente las misteriosas palabras, esperaron impacientes la media noche. ¡Con qué lentitud se deslizaban las horas! ¡Cuántos temores venian á turbar sus lisonjeras esperanzas! ¿Se habrian olvidado de las palabras misteriosas? ¿Las habrian entendido mal? ¿Necesitarian de alguna preparacion ignorada? ¿Todos los dias serian igualmente favorables? Tales eran las dudas que incesantemente se le presentaban, y despues de dar pretesto á larga y entretenida conversacion se desechaban al cabo para renacer de nuevo. Algunas veces llegaron á temer si distraidas dejarian pasar el precioso instante, y eso que sus ojos no se apartaban del cielo, empresa que, como la yá antes referida, no fiaban la una á la otra, quizá porque sin darse cuenta de ello creyerán más digno de atencion el cuidado de sus futuras riquezas que el de su vida y honra amenazadas. Otras, pero esto no se atrevian á comunicárselo, pensaban si aquellos dones serian comprados con la condenacion eterna de sus almas; entónces un sudor frio cubria sus cuerpos, palidecian sus rostros, pero el recuerdo de los amontonados tesoros y los goces que con ellos se prometian, alejaban al punto su imaginacion de tan tristes ideas.

Llega, por fin, el suspirado instante: las cerillas, yá anticipadamente colocadas en sus respectivos lugares, se encienden, las palabras se pronuncian, la tierra tiembla, aparece la escalera y se precipita por ella la más jóven de nuestras dos mujeres. Detiénese estática contemplando en la profunda caverna mas plata que jamás viera el avaro en sus ambiciosos delirios; más piedras preciadas que jamás poseyeran los opulentos sultanes que celebran las arábigas leyendas; indecisa no sabía á que parte dirigirse; pero poco duró su indecision; toma en una de sus manos una colmada cesta de joyería y con la otra un talegon repleto de monedas. Sin conmoverse por las exclamaciones de admiracion que su madre hacía, deslumbrada por los reflejos de una hermosísima esmeralda, baja y sube precipitadamente de nuevo, y tanto se multiplican los viajes, que la anciana, contemplando las cerillas yá casi concluidas, le grita llena de temor: «Sube, hija mia.»

Mirólas tambien la jóven; solo restaban delgados hilos que se alimentaban de las gotas en el suelo derramadas, pero baja de nuevo murmurando: «¡Una talega más!» y arroja una nueva talega, y otra despues y luego otra, siempre repitiendo: «Otra talega, madre, otra talega todavia.» La luz se extingue: sube despavorida la jóven, pero al llegar á los últimos escalones la ve brillar de nuevo, no se para, éntrase y sale y vuelve á entrar; la oscuridad es completa, yá vá á salir, un resplandor más brillante que nunca se esparce por el suelo, y sin detenerse, precipítase de nuevo en el rico antro. Aquel resplandor era el último; la luz se extingue, el suelo se conmueve, la entrada mágica se cierra.

IV.

Muy de madrugada un número considerable de robustos

obreros, generosamente pagados, levantaban el pavimento del patio del castillo, pero ni la escalera ni la cueva parecian. Oyen primero confusa, luego distintamente una voz que á intérvalos pronuncia claramente estas palabras: *¡La codicia, madre! ¡Madre, la codicia!* En vano trabajaron dias y dias, siempre la misma voz á la misma distancia, pronunciando siempre las mismas palabras: *¡La codicia, madre! ¡Madre, la codicia!* (1).

LA TORRE DE LAS ARCAS.

TRADICION POPULAR.

I.

Al N. O. de la ciudad de Almería, y fuera de su yá histórica puerta de Purchena, se elevaba, no há todavía muchos años, robusto aún, y como desafiando á las edades, un macizo torreon al que la voz universal designó desde época tan remota como ignorada con el significativo nombre que este artículo encabeza. De arábiga arquitectura, pero situado fuera de las curvas, hoy medio borradas por el tiempo, que trazaron los tres recintos con que los emires musulmanes defendieron á *vistosa* ciudad (2), su grandeza, su aislamiento, y más que todo la singularidad de su construccion, que no hu-

(1) Creemos más edificante este grito aterrador de la conciencia, que las frias moralidades del apologo ó el *Deus ex machiná* de las leyendas milagrosas.

(2) Del árabe Al-Mería, lugar despejado, lugar desde donde se alcanza mucho con la vista, la vistosa.

biera permitido vivir en él ni aun siquiera ampararse á sus defensores, si la guerra hubiera sido su destino, lo hacen interesante problema para los arqueólogos; mientras que la fantasía popular creyó que muros tan impenetrables, sólo para guardar ricos tesoros y no pensadas bellezas, pudieran ser fabricados.

Es opinion bastante generalizada entre los anticuarios almerienses, que la Torre de las Arcas es una de las torres de humos ó telégrafos arábigos que formaban la línea que, comenzando en la Alcazaba, venia á terminar en los torreones situados en los callejones de Cárdenas: no dejan, sin embargo, de presentarse contra ella sérias objeciones...

Mas dejemos á los sábios que disputen, que si disputan es porque ninguno ha tenido valor para salir de su casa á media noche el único dia del año en que un génio desconocido viene á hacer patentes al mundo estos escondidos secretos y hacer rico, casándolo además con una princesa, la perla de las arábigas sultanas, al que se atreva, sin más que pronunciar una palabra, á librarla del largo ó inmerecido encantamento á que agenas culpas, que no las suyas, debieron haberla condenado. Oiga, oiga el lector lo que por tan lamentable abandono se han perdido, segun puntualmente me lo relató una de las comadres más *sabedoras* de mi barrio.

II.

No hay horas más misteriosas que las que comienzan á correr desde las doce de la noche del 23 de Junio (1) hasta el amanecer de aquella mañana,

(1) Véase lo que acerca de ella dice nuestro célebre D. Agustin Duran, en una nota á los romances.

«Célebre, alegre, libre y placentera fué siempre entre los moros y cristianos

Donde moros y cristianos
Hacen gran solemnidad;
la naturaleza y el espíritu producen sus dones más preciados:
La mañana de San Juan,
Cuaja el almendro y la nuez;

---

españoles la velada de San Juan Bautista. Inoculadas las costumbres de ambos pueblos, los moros fueron más galantes, y los españoles más celosos que lo eran antes de mezclarse y de tratarse.

»En las noches de velada de algunos de aquellos santos que disfrutaban esta preeminencia, pero en particular, en la de que tratamos, por ser comun á amigos y enemigos; rompíanse los cerrojos, caíanse los candados, descorríanse las celosías, abríanse las puertas y ventanas, descuidábanse los celosos y todos confundidos en las praderas y en sitios campestres, gozaban de libertad. La doncella, la casada, la viuda, podían al aire libre, si las tenian, gozar de sus intrigas amorosas, con ménos recato al ménos que en otras circunstancias. Y no se crea que estas fiestas eran naturales; casi siempre el amor, legítimo ó nó, se expresaba ó manifestaba por medios delicados, pues aún cuando los algo celosos estaban adormecidos, el escándalo, la falta de recato ó de prudencia, los dispertaba armados de puñales, de dogales ó de venenos. No sólo las historias, las novelas, los romances, las canciones populares y las comedias españolas se esmeran en pintar la alegría, las galanterías de estas fiestas generales, sino que tambien retratan con viveza muchas de las trágicas escenas á que el menor descuido daba lugar entre hombres, cuyo ídolo era el pundonor y que jamás perdonaban un hecho que aún levemente pudiera mancharles. Aunque la velada de San Juan ha perdido en las poblaciones grandes gran parte de su interés, aún conserva mucho en las aldeas y pueblos campestres. Todavía se ven en ellos vestigios de lo que fué. Los jóvenes labriegos y pastores corren los valles y las praderas cantando coplas y dando música á sus novias; todavía enraman las ventanas de sus queridas con flores y ramos de frutales; todavía las muchachas acechan en las rejas la primera palabra que oyen para adivinar por ella si está lejano ó próximo el dia de tener un novio, ó si el que tienen les *será* fiel y llegará á ser su esposo; todavía echan la clara de un huevo en un vaso de agua cristalina para obtener á la media noche la figura de un navío que juzgan ha de formarse milagrosamente bajo la proteccion del santo. Y no se crea que esta fiesta encantadora se celebró solamente en bellos versos por los antiguos poetas: entre los modernos ha servido y sirve aún de asunto de inspiracion, llena de un dulce sabor inesplicable. Melendez é Iglesias y otros muchos poetas lo celebraban en sus versos, acaso no los ménos blandos, suaves y apacibles que compusieran, como puede verse en sus obras.

Tambien cuajan los amores
De dos que se quieren bien.

Todos los sentimientos se subliman entónces, porque, como tambien dice el romance, es:

. . . . . . un tal dia
Que llaman señor Sant Juan,
Cuando los que están contentos
Con placer comen su pan,
Cuando los desconsolados
Mayores dolores dan,

todas las creencias religiosas parecen confundirse; hoy, como en tiempo de los celtas, se recoge la sagrada verbena, á quien el vulgo atribuye, por el benéfico influjo de esta noche, virtud especial para la curacion de las enfermedades; hoy, como en los siglos gentílicos, se dá el mayor valor, aun por personas cuyo cristianismo no es dudoso, á las palabras misteriosas, á los presagios, á las figuras, atribuyendo á los hechos más comunes una significacion mágica y profética, y el árabe y el cristiano deponian las armas mientras que sus esposas y sus hijas se levantaban muy de mañana para recojer flores, segun atestiguan repetidamente los romances:

La mañana de San Juan
Salen á coger guirnaldas
Zara, mujer del rey Moro,
Con sus más queridas damas.

—

Busco triste á Julaniera,
La hija del emperante,
Pues me l'han tomado moros
Mañanica de San Johane,
Cogiendo rosas y flores
En el vergel de su padre.

Por aquellos altos montes
Caballero vió asomare;
Llorando viene y gimiendo,
Las uñas corriendo sangre,
De amores de Moriana,
Hija del rey Moriane.
Captiváronla los moros
La mañana de Sant Johane,
Cogiendo rosas y flores
En la huerta de su padre.

Todavia el labrador divide en doce partes una cebolla, y poniendo en cada una de ellas un grano de sal, se levanta ántes que amanezca para averiguar en qué meses regará los campos en el año siguiente la benéfica lluvia; todavía la recatada doncella, á escondidas de su madre, rompe un huevo y lo coloca en el terrado ó azotea á las doce en punto de la noche, esperando á la mañana siguiente averiguar por la figura que presente cuál será la profesion ú oficio del futuro y desconocido dueño de su destino; otras más libres, sacan á la misma hora en punto, un segundo de más ó de ménos imposibilitaria la prueba, un cubo de agua, en que es sabido ha de verse el continente del esperado esposo; ó desnudo el albo pié, y bañado en una palangana, esperan escondidas trás de sus celosías la primera campanada de las doce para oir un nombre, desde entónces querido, si no ha obtenido permiso para sumergirse en las azules ondas, en cuyo caso, saliendo á la hora misteriosa, misteriosamente lo han de escuchar. Todavía se ponen al sereno hojas de alcachofa, de cardo ó de zavila para que florezcan ántes de la madrugada; trigo, cebada ó maiz para que nazca; siémbrase el lecho para que florezca y búscanse con empeño granos de ruda para que sean madres las que las coman ántes de cantar el gallo. No hay hombre, por descreido

que lo supongamos, que no sacrifique secretamente un poco de su incredulidad al natural deseo de averiguar si los sueños de su ambicion se verán cumplidos, ni muchacha casadera á quién no encuentre el dia que la iglesia conmemora al precursor de Jesus en la melancólica situacion de ánimo, que tan bien retrata el siguiente romance, para nosotros uno de los más bellos que se han escrito en castellano:

Yo me levantára, madre,
Mañanica de San Juan;
Vide estar una doncella
Ribericas de la mar;
Sola lava, sola tuerce,
Sola tiende en un rosal;
Miéntras los paños se enjugan
Dice la niña un cantar:
«¿Dó los mis amores, dólos,
Dólos andaré á buscar?»
Mar abajo, mar arriba
Diciendo iba el cantar;
Peine de oro en las sus manos
Por sus cabellos peinar:
Dígasme tú el marinero,
Que Dios te guarde de mal,
Si los viste á mis amores,
Si los viste allí pasar.

La ambicion y el amor ¿quereis lograrlos hasta un punto que ningun mortal se atrevió siquiera á presumirlo? venid conmigo; mas ¿qué digo? ¿por qué han derribado la Torre de las Arcas?

III.

Si la víspera de San Juan, á punto de dar las doce de la noche, hubiérais estado al lado del pilar que al pié de la torre de la Catedral turba el general silencio con el monótono ruido de sus abundantes aguas, apénas estremeciera vuestro oido la primera vibracion con que el sagrado bronce anuncia la fatídica hora, cuando por encanto hubiérais encontrado á vuestro lado dos estraños y por extremo desemejantes personajes. Cubre al uno, de estatura ménos que varonil, blanco ropaje al uso morisco, y lleva su rostro tambien de fino cendal cubierto; mas las envidiosas telas no son bastantes á disimular la exquisita delicadeza de sus formas, y el paso, semejante al suave movimiento de los claveles movidos por la brisa de Mayo; el pié menudo y la cintura frájil y flexible como el tallo de la azucena, y sobre esto cierto perfume juvenil que toda su persona exhala, os hubieran delatado que es toda una princesa, y nó de las comunes y de pacotilla, la que teneis delante. Acompáñala un fornidísimo y gigantesco negro, de sangrientos ojos, llevando en una de sus manos abultado manojo de pesadas llaves. Si las torbas miradas, y, sobre todo, los robustos brazos del atlético etiope no os inspiraron pavor, acercáos sin miedo á la encubierta dama y ofrecedla galantemente vuestra compañía, que ella, al punto que tal ofrecimiento la fuere hecho, habrá de contestaros con voz más pura y armoniosa que la de los querúbicos coros: *Siga si quiere.* Con esta respuesta, que cual suavísimo bálsamo se difundirá por vuestras venas, cobraréis tal aliento, que en pós de ella habréis de atravesar la distancia algo más que mediana que os separa de la Torre de las Arcas, á cuya puerta habréis de llegar precisamente al sonar la undécima campanada.—Abierta se halla la

misteriosa Torre; graciosos manojos de delgadas y transparentes columnas sostienen arabescos arcos de afiligranada argentería, que allí se pierden en dorados artesones artísticamente sembrados de perlas y záfiros; fuentes de azogue, saltando entre plantas de todos los climas, se recogen formando lagos de buyente plata; más léjos elegantes cuadras cubiertas de pérsicas alfombras muestran sus paredes con preciosas labores de alicatado, no de grosero barro compuesto, sino de riquísimos metálicos esmaltes sobre que se alzan bordados arabescos de finísima plata, que entre poéticas leyendas abren paso á escondidos alhamíes; aquí rodeadas de índicas flores, anchas mesas cubiertas de todo género de apetitosos y exóticos manjares; acá, muebles entreabiertos no pueden contener la carga de gruesas y preciosísimas piedras que los agobian; más léjos, la ancha gradería que conduce á las habitaciones superiores, y todo esto profusamente adornado por antorchas, que reflejan en los lagos de azogue, en la plata, en el oro y en las piedra con luz tan vária y tan intensa, que no hubiera ojos capaces de sufrirla si no fuera templada por las abundantes y aromáticas ondas que contínuamente exhalan escondidos pebeteros. Mas no os extasieis en la contemplacion de tantas bellezas, que yá la hermosa Galiana, tal es el nombre de vuestra compañera, ha pisado los umbrales de la encantada Torre: yá separa el ligero cendal de su rostro, que ninguna lengua humana será osada á describir; yá os mira con tiernísimos ojos, que penetran hasta el corazon y suspenden sus latidos; yá toma las llaves, que respetuosamente le ofrece su negro acompañante, en sus preciosas manos, y acercándolas á las vuestras os dice con acento de suavísimo mando, capaz de hacerse obedecer de los verdugos infernales: *toma*. Pero ¡ah desgraciado! Loco, fuera de tí, elevado á los cielos, te has olvidado de pronunciar el sacramental *daca*. Mira con qué rapidez des-

ciende por la ancha gradería un severo sacerdote con los negros manteos extendidos: mira con qué rapidez apaga las antorchas: mira cómo se estrechan y juntan los ántes abiertos muros; oye que vá á sonar yá la última campanada; pero no mires ni oigas; huye si no quieres quedar sepultado en la maciza Torre, ó, al ménos, preso por tu levita ó tu gaban, como yá ha sucedido muchas veces á otros tan imprevisores como tú.

¿Qué significa esta leyenda? preguntarémos nosotros para concluir, ¿Es una creacion puramente arbitraria de la musa popular, ó es el acento de dolor con que recuerda y llora beneficios de una civilizacion que le arrancó la intolerancia? Júzguelo el lector. A nosotros nos basta con cumplir el deber de consignarla ántes que el olvido la sepulte. Guárdela el papel, yá que las piedras que la recordaban han desaparecido para siempre.

COSTUMBRES POPULARES.

LA MAYA.

¡Singular tenacidad la de las costumbres religiosas!

Cambian las idéas y se conserva el símbolo, arrójase el ídolo de la conciencia y del altar, y el pueblo continúa reuniéndose como ántes en los lugares que dejó desiertos: pasan las generaciones... gentes de diversa procedencia sustituyen á las antiguas, y en los mismos tiempos celebran idénticas ceremonias. Nadie conoce yá su sentido; todos ignoran su orígen: mas ¿que importa? Tratad de suprimirlas: las personas

cultas se disgustan; la plebe murmura y se subleva. Apelad á lo mas íntimo del espíritu; mostrad la abominacion que encierran, y la más tímida doncella, y el niño más inocente, y el fanático más preocupado, desafiarán vuestras censuras y vuestra excomunion.

Las religiones positivas se han trasmitido sucesivamente sus templos, sus fiestas y sus ritos.

El robledad á que, en el majestuoso silencio de la noche y á la pálida claridad de la luna, que dificultosamente penetraba por entre las entrelazadas ramas, acudia el drúida con su hoz de oro para recoger el sagrado *muérdago*, que, cuando todo en el bosque muere, mudamente enseña con sus azules abundantes hojas como de la muerte nace la vida, se trasforma en el *lucus* romano consagrado á los dioses de la naturaleza, que en templos, maravillas del arte, reciben á la luz del brillante sol del Mediodia, entre los cantos de numeroso coro, el humo que despide la grasa de las sacrificadas víctimas, mezclado con el de oloroso incienso. Más tarde, el bosque abandonado será tal vez escondida mansion de piadosos anacoretas, que se retiran á su soledad huyendo de los halagos de la comodidad y de las seducciones de la carne, y acaso atrayendo su fama en derredor las gentes, convertiráse su retiro en tosca aldea que, andando los dias, llegará á ser ciudad populosa, y la pobre ermita magnífica catedral, digna de la piedad y la riqueza de la *ciudad de los obispos*. Columnas arrancadas de millares de paganos santuarios, sostendrán la techumbre de la mezquita, orgullo de la sultana de las ciudades de Occidente, que al fin romperá sus graciosos arcos para levantar sobre ellos las agudas ojivas de gótica catedral. Y el *menhir* céltico recibirá, al cabo de siglos, entre sus mal labradas aristas, la cruz cristiana, y las fiestas celebradas en honor de Saturno servirán para conmemorar el nacimiento de Jesus....

Siempre la misma ley: mas ¡cuánta diferencia en estos cambios! Roma lleva un mismo principio á los cielos y á la tierra: el derecho. Los númenes, ántes enemigos, se reunen jerárquicamente en el panteon, como los pueblos en el foro. La fórmula de dedicion comprende igualmente á los dioses y á los hombres. Pero si Roma condiciona, no créa; obliga á todos, dioses y hombres, á mantenerse en paz; pero no logra fundar ni una religion, ni un pueblo. El panteismo indio, el naturalismo asirio, el sincretismo persa, el antropomorfismo griego, la firme creencia en la inmortalidad de los pueblos célticos, y hasta el monoteismo hebráico y la misteriosa religion de los egipcios, todo lo junta sin confundirlo, pero tambien sin anuarlo; y si á un tiempo Dios es adorado en todos los ideales que la antigüedad concibe, éstos son de tal manera fragmentarios, que bien pudo decir un apologista cristiano, que *á todo se adoraba menos á Dios mismo*. Nada tiene, pues, de extraño que los antiguos cultos subsistieran en el mundo romano; si en sus postrimerías Roma se hace cruel y perseguidora, es porque la nueva religion, no tolerando las antiguas, amenazaba destruir su obra.

El cristianismo, por el contrario, trae consigo un renacimiento y una renovacion universal. Destinado á espiritualizar el mundo, no puede transigir con el sentido naturalista de la antigüedad clásica. Mas como unas mismas cosas se dán, aunque de distinto modo, en la naturaleza y en el espíritu, donde no puede romperla conserva la tradicion trasformándola.

Uno de los ejemplos mas bellos de este género de trasformaciones nos recuerda el encabezamiento de este artículo.

Griegos y romanos santificaban el principio fecundador de la naturaleza en la primavera, celebrando alegres y magnificas fiestas en honor de Maya ó Flora. Tambien solian representarlo mediante el *mayo* vestido de hojas, costumbre que,

como de la que vamos á ocuparnos, se conserva todavía en algunas provincias de España. El cristianismo no podia divinizar la naturaleza, pero ¿cómo destruir en un momento prácticas seculares? Al frondoso tronco del mayo se sustituyó el seco y desnudo árbol de la Cruz: á la regeneracion anual de la vida en la naturaleza, la regeneracion moral del espíritu, mediante el sacrificio cruento del Hombre-Dios. ¡Admirable y probablemente no pensada oportunidad del pensamiento religioso! Una misma idéa, aunque referida á distintos órdenes de la vida, santificada en los mismos dias, y hasta con símbolos semejantes ¡una misma esperanza expresada con las mismas flores y parecidos cánticos!

Mas el primer sentido no fué por esto completamente abandonado por el pueblo. Pudiera en verdad causar maravilla que en las más católica de las naciones latinas; despues de diez y nueve siglos de cristianismo, y apesar de la oposicion inteligente de la Iglesia, subsista todavía una festividad pagana en la que se conservan el nombre de la diosa, y casi casi los antiguos ritos. Y, sin embargo, es un hecho fácil de comprobar. Cualquiera que en la tarde del primer dia de Mayo transite por las calles de la ciudad de Almería, donde tuvimos la dicha de nacer; muy luego tropezará en las esquinas ó portales con improvisados templos. Allí, sobre un altar cubierto de damasco ó de otras vistosas telas, una hermosa niña, elegantemente vestida, cubierta y circundada de amorosas flores, escucha los cantos que coros de doncellas, asimismo de elegantes guirnaldas coronadas, con las manos entrelazadas formando un gracioso círculo, entonan en su derredor con paradas que asemejan á la estrofa, anti-estrofa y épodon de los coros griegos. Más léjos otras, con pintadas bandejas ó platos cubiertos con hojas de rosa, persiguen á los transeuntes con esta perpétua y casi sacramental cantinela:

Un cuartito para la Maya;
Que no tiene manto ni saya.

Rara vez, sin embargo, se encuentra doncella crecidita que quiera hacer el papel de la diosa; es axioma constante, por más que los hechos no vengan siempre en su abono, que la que cae en tamaña tentacion tendrá que renunciar á los goces del matrimonio y de la familia.

Dos dias despues cambia la escena, y las sacerdotisas de Flora se convierten en adoradoras de Jesús. Engalánase el Sagrado Madero; cúbrense las paredes de los portales de telas, espejos y hojas. Las mismas flores, los mismos cantos, las mismas bandejas y parecida demanda, sólo que entónces se demanda para la Cruz.

¿No es ciertamente notable esta persistencia del rito pagano al lado del cristiano? ¿No es una de esas costumbres populares dignas de fijar el ojo profundo del filósofo y del historiador?

EL MÉDICO BONITO.

CUENTO POPULAR.

Habia en la ciudad de Cádiz un artesano honrado y pobre mas por su mala estrella de naturaleza tan apropósito para engendrar hijos como de fortuna escasa para mantenerlos, con lo que andábase mohino y pesaroso y atribulado sin saber qué partido tomar para dar pan á tanto angelito como Dios era servido enviarle. Despertábase con el alba; y la luz del sol que, como agradecida por encontrar quien tan de mañana la reci-

biera, entrábase alegremente por las ventanas de su vivienda. sorprendíale siempre ocupado en las rudas faenas de su oficio. Indecible es el afan con que durante todo el dia nuestro artesano trabajaba; mas, al sentir en las largas horas de la siesta el paso lento y reposado de algun fraile del vecino convento, que á su celda se volvia, y al ver á sus pequeñuelos abalanzarse á la puerta por ir á besarle la mano, tuvo momentos en que envidió la vida del yermo, donde tan descansadamente y sin ruido se alcanza la gloria eterna; y áun lenguas murmuradoras aseguran que llegó en ocasiones hasta á dudar de la Providencia divina que tan mal reparte y tan mal distribuidas tiene las cosas de este mundo. Empero, como el trabajo cumplido y la conciencia satisfecha tienen en si algo que incita á la alegría y al retozo, concluida su tarea, ahuyentada la luz solar y olvidadas aquellas ligeras blasfemias, de nuevo reparaba en su mujer, que nó ménos hermosa le parecia que cuando de novio y en mejores tiempos le rondaba la calle. Quitábale ésta á la sazon el pecho á su pequeñito, arrullábalo con esos tiernos cantares que adormecen á los hijos del pueblo y, dormido el niño, miraba ella tambien á su marido con ojos de enamorada y entrambos á dos se persuadian de que Dios es grande, y que á Él y á no haber jamás abandonado el artesano sus faenas ni sus quehaceres ella, debian que el hambre no hubiese roto hasta entónces el puro y tranquilo sueño de sus pobres hijos.

Hallábase, pues, en la época que comienza este cuento, tan en cinta ella como en años anteriores y más que nunca atortolado él, que veia aumentarse su familia y no sus recursos, sin ocurrírsele á quién volver los ojos para que sirviera de padrino á lo que de su mujer naciese, toda vez que no habia vecino en la vecindad á quien con motivo semejante no hubiese yá ocupado.

Acertaba á pasar todos los dias por delante de la tienda de nuestro artesano un *caballero*, que bien mostraba serlo en su porte y en la familiaridad y buen agrado con que á aquellas buenas gentes saludaba: en éste pensó la mujer para que sirviera de padrino á lo que de ella naciese y con esta idea á su marido habló para que á ser su compadre le invitára. Mas como la timidéz suele ir unida á la hombría de bien y á la pobreza, sucedió que, aunque dos veces intentó nuestro artesano detenerle y hablarle del asunto, dos veces vino la cortedad á deshacer sus planes. Reprendióle esta falta de ánimo su mujer, diciéndole: «Por dar ese paso nada pierdes, advierte que esto yá no sufre dilacion ni espera y que á lo que de mí nazca habrémos de cristianar.» Juraba él y perjuraba de ser más animoso al dia siguiente, mas llegada la ocasion, poniasele un nudo en la garganta que le impedia declarar sus intentos y volvia de nuevo á meterse en su tienda. Corria el tiempo entre estas vacilaciones y dudas, cuando su mujer dió á luz una mañana á la heroina de este cuento: decidióse por fin el artesano, y, haciendo de tripas corazon y valor del cariño paternal, no bien pasó el caballero con su cara afable y bondadosa de ordinario, propúsole si queria ser padrino de su hija, á lo que con mucho gusto accedió el desconocido, solicitando ver á su ahijada: entró, pues, en aquella pobre casa y encontró entre miserables harapos envuelta á una niña, bonita como los rayos del sol y las rosas de la mañana; envió en seguida por primorosas envolturas para aquella criatura, tan linda como de humilde linaje, y luego mandó traer alimentos sanos para la parida y cuanto de necesario se ocurre en trances apurados, de que tan cuerda como sábiamente libró naturaleza á los varones; cristianaron al dia siguiente á la niña con gran solemnidad y pompa; pusiéronla de nombre Maria, y habria cuartos á pelon para los muchachos, y cuartos para los pobrecitos cu-

ras que con tanto placer los recibirian como si á pelon les fuesen dados. Desde entónces visitaba á su ahijada todas las tardes, diciendo que era toda una marquesa. cuya voz. corrida por las comadres del barrio, hizo que marquesa la llamasen todos los vecinos, á quienes, por más que presuma la malicia. no acusan las crónicas de género de envidia alguno.

Creció la niña en edad al par que en hermosura, y esto viendo el padrino quiso ponerla en un colegio para que allı adquiriesen, con una conveniente educacion, mayor encanto y gracia las suyas naturales; y sin duda fué así y la prueba correspondió á sus deseos y el resultado á sus esperanzas, pues, á poco, determinó llevarla consigo á Madrid con el objeto de acabar de dar á aquel diamante de purísima luz todo el explendor y brillo que lo humilde de su condicion le negára: para esto pidió á los padres de ella la oportuna vénia, que de muy buen grado le otorgaron, agradecidos á lo mucho que por su hija y por ellos habia hecho, pues claro se habrá alcanzado á nuestros suspicaces lectores que no fué la niña la única festejada en su casa, pues, como dice el refran, quien bien quiere á Beltran, bien quiere á su can, y el que quiere la col quiere tambien á las hojitas de alrededor.

Partieron luego el caballero y María, con grandes sollozos y lamentos de la madre y alguna lágrima del padre, no enjugada tan pronto que no viniera á delatar la debilidad que en aquella ocasion trás de su rudeza se ocultaba.

Yá en Madrid, quiso el padrino que su preciosa ahijada aprendiese el difícil arte de curar: con este objeto la hizo vestir de hombre y cortar sus abundantes cabellos; y así disfrazada, la puso á estudiar en la escuela de medicina: el despejo y belleza del supuesto mancebo atrajeron la admiracion y un tantico de envidia de los escolares, que, acaso por la vez primera de su vida, poco linces, no dieron en lo del sexo de la mucha-

cha, á quien tuvieron por varon. apesar de que con los años iban resaltando cada vez más en ella lo femenino de los movimientos, lo imberbe de la cara y otros indicios de nó ménos bulto. Terminada su carrera. comenzó Maria á ejercer su profesion con tal acierto y suerte: que no visitó enfermo que no sanára, ni halló dolencia que no consiguiese remediar, con lo cual y su belleza llamábanla en todas partes por el título del *médico bonito*, espontáneo bautizo con que de lleno entró en la vida la heroina de esta historia.

Encontrábase el rey á la sazon gravemente enfermo; en balde los médicos habian agotado los elíxires y específicos conocidos entónces: inúltimente habian recurrido á drogas tan eficaces como el *oculorum cancrorum* y el *matris perlarum*: en vano habian apelado como sublime remedio á los ensalmos divinos y á la sangría: la pícara enfermedad, como si de propósito lo hiciese y al oido se lo huciesen dicho, quedábase muy tranquila y reposada en el interior del pobre paciente, y éste, que sólo veia salir sangre, con tal denuedo y generosidad derramada por tantísimo sábio, debilitábase y estenuábase y empeorábase de dia en dia, llegando yá á la situacion tristísima de aquel D. Flores de Trepisonda, tan perfectamente expresada en los siguientes versos:

Batallando está el enfermo
Con dos males á la par;
Uno es su fiebre, et el otro
Los que la quieren curar.
Del que natura le diera
Bien se poede delibrar,
Del que le fazen dotores
Si prosiguen va espirar.

Más como lo último que pierden los que padecen un mal grave es la esperanza, y como la fama del *médico bonito* ha-

bíase entrado tambien sin respeto alguno por las puertas de palacio, viniéronle deseos al rey de ponerse en manos de aquel prodigio de las gentes, admiracion de tantos novicios, y envidia y ocasion para murmurar de tantos profesores, y á fé que no le pesó al régio enfermo la tal determinacion, pues con ello consiguió curar de su dolencia y recobrar la perdida salud, sin que las crónicas de su reinado hayan logrado conservar la memoria de las medicinas y drogas que el médico usára, aunque el discurso de este relato aleja toda sospecha de que fueran de las maléficas ó prohibidas.

Tan repentina como maravillosa y envidiada curacion valió á María ser nombrada médico de palacio, y su extraordinaria hermosura fue causa de que por ella enfermasen de amores las damas de la reina; ¡y qué mucho que esto aconteciera á las camareras, gente al fin plebeya y de poco pelo, si á la misma reina, con toda su régia dignidad, se extendió tambien el contagio y por los ojos saliánsele las reales ganas que tenia de que en ellos se fijasen los distraidos de la que ella reputaba por apuesto doncel y gallardo mozo! Y á la verdad que el tal contagio tenia sobresaltada á la pobre María, que inútilmente buscaba en su repertorio la medicina que á la enfermedad de la reina pudiera convenir, y en mayor apuro se veia al considerar que ni áun era tan fácil de suplir el remedio como lo urgente del caso reclamaba, asi que se hacia la desentendida y esquivaba el hablarla á solas, como quien previsora recela de la ocasion que á tantos males y peligros habia de conducirla.

Pero quiso evitar lo que, deseado por mujer, era inevitable: la Reina supo darse trazas para encontrarla á solas y segura de estarlo y de que nadie podia escucharla le declaró, víctima de igual error que sus damas, su pasion amorosa, que amenazaba ser incendio, diciéndole que, pues médico era, cu-

rase pronto su enfermedad, nacida de contemplar su gracia y donosura. Ante tan genuina y expontánea manifestacion, replicóle la médica, haciendo de la imposibilidad virtud, que por nada del mundo se atreveria á ofender la persona del rey, de quien tantos beneficios estaba recibiendo, que no es bien nacido el que no es agradecido, y con esta respuesta huyó de la princesa dejándola sonrojada y enfurecida y ardiendo en deseos de venganza. No tardó mucho á la verdad en ponerlos por obra la astuta y muy altiva dama, En la mañana que siguió á la escena referida, llamó el rey á María, que andaba, como mujer, apurada y recelosa de graves males, y la dijo: Mañana has de hacer lo que á la reina has prometido.—No os entiendo, señor, respondió la muchacha más muerta que viva y completamente agena á lo que el caso seria.—Por mi esposa he sabido que te atreviste ayer á responder con tu cabeza de volver el habla á mi hermana la muda; tómote la palabra; mañana irás á verla al cercano castillo donde habita, y ó la sanas ó con tu vida respondes de tu impremeditada promesa. Suspensa quedó María con tan amenazadora cuanto impensada noticia, mas conociendo, como lista que era, que lo peor de todo seria desmentir el dicho de la Reina prefirió por más prudente y cuerdo sostenerse en la promesa que no habia hecho, consultar á su padrino, que aún estaba en Madrid, y dejar á la suerte el resultado de aquella desgraciada ocurrencia. Díjole entónces el rey que dispusiese cuanto creyera necesario para su viaje al vecino castillo, el cual seria sin falta el dia próximo y que contase, caso de salir airoso de su difícil empresa, con todo género de recompensas y de bienes, más que tambien tuviese por seguro que á no cumplir la palabra empeñada, perderia la vida, puesto que nadie le habia comprometido á ofrecer tan imposible cosa. Salió despues de esta conversacion nuestra heroina tan angustiada como es de suponer

en busca de su padrino, á quien entre sollozos y lágrimas contó lo sucedido, pidiéndole consejos y remedios para su desventura, y suplicándole la despidiese de sus pobres padres, á quienes no tenia esperanzas de volver á ver más. Consolóla el padrino cuanto pudo y la inclinó á confiar en la Providencia y á que marchase sola á su expedicion, que Dios iria en su compañía. Al amanecer del dia siguiente nuestro *médico bonito*, ántes mimado por la suerte y ahora desgraciado, partió para el consabido castillo, distante de la ciudad poco más de un cuarto de legua: llegado á él propuso á la muda que montase á la grupa de su caballo y se dispusiese á acompañarla á Madrid; manifestó ésta por señas su asentimiento, y ámbos se pusieron en marcha, no sin dar un gran suspiro la enferma al abandonar aquellos lugares donde tanto tiempo habia vivido, repitióse éste en medio del camino y un suspiro, no ménos grande y desconsolado se escapó de su acongojado pecho cuando el caballo que las conducia paró delante de las puertas de palacio.

Esperaban en él con indecible impaciencia la reina y el rey, los palaciegos y la servidumbre é infinidad de curiosos atraidos por la milagrosa cura ofrecida por el médico, incrédulos unos, recelosos otros, confiando algunos sin saber en qué y todos, entre miedo y duda, temiendo y esperando. Recibieron, pues, á los recienvenidos con muestras de indecible curiosidad, aspiraron por ver si percibian algun endiablado olor á azufre, y todos aguzaron los oidos y á los sentidos pusieron el ánima atenta, suspensos y ahelantes, miéntras tan raro caso se decidia.

—¿Por qué suspiró usted cuando salimos del castillo? preguntó á la enferma la doctora.

Esta pregunta no encontró ni áun eco en el espacio: la muda dió la callada por respuesta. La reina sonrió: el *medico*

bonito iba á pagar caros los desdenes que la habia hecho. Las marisabidillas camareras tocábanse de codos como diciéndose: ¡yá lo sabiamos nosotras! No era posible que una muda recobrase la voz; ¡vaya, con el dengoso y relamido y barbilampiño doctor y no querernos por novias! nó, pues lo que es ahora no le vale ni la bula de Meco; ¡y que el Rey tiene bonito génio para que se le vengan con bromitas! y á fé que es una lástima... lo que es el mozo es guapo... ya se vé, si no hubiera sido tan orgulloso... digo; á nosotras... y esto diciendo, miraban con enamorados ojos á la pobre María que, resignada yá á sufrir su dura suerte, preguntaba á la muda por última vez con voz dulcísima:

—¿Por qué suspiró usted cuando entramos en este palacio?

—*Porque á ser tú varon, mi hermano fuera.....*

El natural rumor que produjo la respiracion de los espectadores, contenida largo tiempo hacía, ahogó la última palabra que pronunció la muda: ante su inesperada respuesta quedó el auditorio atónito, abochornadas las reales damas, que se mordian los lábios llenas de femenil despecho al recordar juntamente con la sentencia de que pan con pan es comida de tontos, el vehemente amor que por la médica habian sentido, quedó desconcertada la reina, á quien se olvidó contar con la huéspeda, y decidido el rey á desterrar á su esposa y á casar con la linda hija del pobre artesano.

Así fué en efecto: la reina fué desterrada y censurada y abominada precisamente por aquellas que, víctimas de igual error, tuvieron más prudencia ó ménos pasion y audacia que la régia enferma: María casó con el rey y aunque nada dicen las crónicas acerca de este punto, ello debió ser que llamára á gozar de su felicidad á sus padres y á sus hermanitos, hasta que la muerte que todo lo consume acabára tambien con sus bienes y sus alegrías.

Hasta aquí, lector, lo que me han contado....

Y ahora dos palabras de mi cuenta y riesgo: si quieres hallar la moraleja de este cuento, fúmate un cigarro y mientras fumes, piensa y recapacita sobre él, seguro de que no ha de pesarte; yo en él he encontrado, siendo ciertamente ménos lince que tú, una enseñanza no poco provechosa, á saber: que tambien los mudos hablan cuando apremia el caso y hablan áun cuando de su declaracion se siga perjuicio á personas de tanta importancia y categoría como lo era sin duda la reina de mi cuento. ¿Era por ventura la hermana del rey de condicion más callada que el crucificado de la Antigua y el Cristo de la Vega? Pues uno y otro hablaron si hemos de dar crédito á dos tradiciones populares conservadas por Zorrilla en sus dos bellísimas leyendas tituladas: *Un testigo de bronce* y *Á un buen juez mejor testigo*. Ante la injusticia y la sinrazon bueno es que *protesten* los Cristos en fantásticas leyendas y los mudos en truhanescos cuentos y chascarrillos.

Réstame ahora decirte que del *caballero* que *apadrinó* á la *pobre* hija del artesano no sé lo que fué, ni á tí ni á mí nos importa saberlo: vino de incógnito sin que nadie haya podido averiguar su edad, su nombre, sus costumbres, ni áun las señas de su casa; vino cuando hacía falta y se marchó cuando no era necesario. Amémosle, porque era noble y caballero: no queramos saber de él más que lo que quiso decirnos: sus razones tendria para ocultarse: sepamos respetar los secretos de otro.

ANTONIO MACHADO Y ALVAREZ.

EL AHORCADO Á LO DIVINO.

Una nueva prueba de que la felicidad y la riqueza no son siempre compañeras tan inseparables como algunos suponen ofrécela el matrimonio de este cuento, el cual con ser acaudalado si los hubo y gozar de todas las comodidades que sus pingües rentas le proporcionaba creíase mas que de la alegría cerca de la tristeza y de la desdicha. Causa de estas era el ver que pasaba los dias mas hermosos de su vida sin que el cielo les concediera hijos no obstante ser ambos de buena edad y mantenerse áun en el cariño y buenos propósitos de su prolongada luna de miel. ¡Con cuanto gusto no hubiera trocado la buena señora todos sus bienes por el incalculable de una tendera vecina suya que acaso la envidiaba madre de ocho robustos muchachos que con los pies desnudos y las piernas al aire alborotaban el barrio en los festivos dias que no iban á la escuela! ¡Con cuanto placer no hubiera cambiado la tendera aquella fecundidad natural con que el cielo la dotára por unas cuantas, de las muchas y muy buenas monedas del matrimonio que con ellas por tan desgraciados se tenian!

Un tanto amostazado y no poco irritado hallábase el marido con lo que él, que al cabo no se reputaba por menos artista que su vecino el tendero, no sabia ya á que achacar en tanto que á su esposa de natural mas piadoso aunque no menos

tenaz pensaba desconfiar acaso de los profanos medios hasta allí empleados en hacer una formal promesa á una imágen de San Antonio que en su casa tenian: puso por obra su pensamiento despues de consultarlo con su marido y ambos recordaron la sábia máxima que aconseja, de que á Dios rogando y con el mazo dando, de nuevo y con insistencia mayor volvieron á las andadas. Fuese lo sincero de la resolucion en este caso, lo poderoso de la fé, lo leal de la promesa ó la feliz combinacion de la divina y de la humana gracia, que todo pudo ser, es lo seguro que la señora empezó á padecer del estómago como no tenia de costumbre de sentir un cierto malestar de que no logró desembararse hasta los nueve meses, época en que dió á luz un hermoso niño con el que vino á la casa y al matrimonio mucha mayor riqueza que la que en sus dinerales tenian. ¡Cómo ponderar ahora la dicha de aquella familia en tan faustos momentos, cómo describir yo, pecador de mi, la solemne y pomposa funcion hecha á aquella santa imágen autora probable, segun la muger, de aquel feliz y fecundo desenlace: como encarecer el gozo de aquel marido que mas que á divina, á gracia suya atribuyó el motivo de tamaño acontecimiento! Mas ¡hay! que no hay en la tierra ni felicidad completa, ni alegria complida como al principio de mi cuento os indicaba; aquel niño tan deseado, aquel niño hijo del cielo y de la tierra segun todas las probabilidades, aquel niño por su hermosura portento de la gente tenia en su espalda un letrero que le condenaba á ser ahorcado á los veinte años: era su sino aquel letrero y *su sino habia de cumplirse.*

Que es del destino inapelable el fallo.

Algunos años que pasaron hicieron de aquella criatura tan hermosa como en mal hora nacida al juzgar por el letrero de su espalda, un niño que iba á la escuela distinguiéndose en ella por su despejo y aplicacion que le valieron el cariño de

sus maestros y la admiracion de cuantos le conocian; y, como las inclinaciones son algo que desde pequeño se deja traslucir, en tan corta edad manifestaba el niño sus místicas y devotas aficiones: por eso, mientras sus pequeños compañeros en los campos y plazuelas empeñaban sendas y descomunales batallas tomando partido por opuestos bandos y remedando, ora torneos, ora las huestes de Pompeyo y César, nuestro jóven retirábase solo á su cuarto haciendo de cada palo de escobon no un Babieca ó un Bayaldo como los chicos acostumbran, sino una manguilla de parroquia, no habiendo en su casa escalon que no hubiese consagrado de altar, ni aceitosa luz que que no hubiese reputado buena para alumbrar á sus santos, distinguiendo en sus devociones al glorioso San Antonio que era por tan pueril cariño el santo mas alumbrado de todos los de la corte celestial.

Recreábase la madre viendo á su hijo en tan buena amistad con S. Antonio el cual debia de ser, en su sentir, algo pariente suyo toda vez que por algo entró, (á ella nadie le quitaba esto de la cabeza) la intervencion del Santo en el nacimiento de la criatura: pero cuanto mas embelesada estaba con aquellos religiosos juegos mas venia á su memoria el letrero fatal aguando sus gustos y cuajando de lágrimas sus maternales ojos. Fácilmente, ocultó estas en los primeros años á su hijo, que más que en la tierra tenia en el cielo fijas sus miradas: pero cuando yá cumplió los diez y seis hízose imposible de todo punto el disimulo.

Un dia en que la buena señora entregada á tristes y amargos pensamientos creía hallarse completamente sola y daba libertad á las lágrimas que silenciosamente rodaban por sus mejillas, la sorprendió su hijo que entre las mas tiernas caricias preguntola lleno de amante solicitud:

—¿Por qué lloráis, madre mia? Varias veces he visto

vuestros ojos anegados en llanto y en balde hasta ahora os he preguntado la causa.—No lloro por nada hijo, me habeis contestado siempre.—Qué penas quieres que tenga teniéndote á mi lado?—Cavilaciones tuyas y no mas. Y sin embargo, madre, hoy como en otras ocasiones os encuentro llorando, hoy como otros dias veo que vuestro dolor no cesa con verme y antes como que parece que con mi presencia se redobla. ¿Hé hecho algo que os entristezca, madre mia?

—Lloro por tí, hijo mio, pero no por tú culpa, que eres bueno y tus obras aceptas á los ojos de Dios; lloro por que tu suerte vá á ser muy desgraciada.... tú nacistes en mal hora... el cielo me ha castigado por pedirle lo que no estaba en sus designios concederme.

—Sois muy buena, para que el señor pudiera tener de qué castigaros; ¿en qué habeis podido delinquir vos, madre mia?

—Sí, yo he pecado al desear ansiosamente lo que el cielo me negaba; yo he pecado en desear con tantos empeños tener hijos, cuando Dios, cuya sabiduría es infinita, no me concedia este bien á que yo sin duda no era acreedora. Por eso tu sino es fatal, por eso nacistes con un letrero en la espalda que te condena á morir ahorcado á los veinte años de edad. Hijo mio, pobre hijo mio!

—Madre, no lloreis, que acaso evitemos ese sino con la ayuda deDios Todopoderoso. Confiad en él, entregaos á la esperanza y preparadme vuestra bendicion para que yo fortalecido con ella parta á tierra remota á donde viva ignorado mientras se cumple ese plazo fatal. Vuestra alegría será mayor al recobrarme tras el temor de perderme: no sé por qué pero oigo una voz interior que me tranquiliza y me anuncia que volveré á abrazaros y conseguiré escapar de la mala estrella en que naci.

—Oígate el cielo, hijo mio, y dé por purgados mis irreligiosos deseos con lo mucho que he sufrido hasta aquí y con la terrible separacion á que mis pasadas culpas me condenan pero si está escrito... si es la voluntad de Dios que he de perderte...

—No, madre, pensad que ofendeis su divina misericordia: habeis pecado al desear tan ansiosamente lo que en sus altísimos fines os negaba, pero la pena escederia á la gravedad de vuestro pecado, y Dios es justo.

—Tienes razon, hijo, la pena seria demasiado cruel para la falta: Dios es justo y misericordioso, sin embargo....

—Aprestaos á darme vuestra bendicion y á obtener permiso de mi padre para que parta.

—Tu padre te la concederá como yo en la confianza de que será para tu bien. Ahora, antes de partir y ya que estamos solo oye un consejo que quiero darte. Huye hijo mio de reunirte con ambiciosos; huye de acompañarte con quien á los del cielo prefiera los bienes terrenales que son perecederos.

Eres rico y de pocos años, muchos se unirán á tí y te ofrecerán sus servicios, muéstrate afable con todos: pero al brindarles con lo que lleves, aunque fuese un miserable pedazo de pan, cuida siempre de ofrecer dos partes desiguales para que puedas comprender en la eleccion si le mueve el desinterés ó la codicia: si dejan para tí, que le regalas, la parte peor ó mas pequeña, evita su compañía, abandonalos, son unos ambiciosos: pero si por el contrario, agradecidos, se inclinan á tomar para sí la peor parte, otórgales tu confianza, que en estas pequeñas cosas, como en las grandes, se revelan las buenas ó malas inclinaciones del corazon. Sé cauto, hijo mio, y no olvides este consejo, que para tu ventura te dá tu pobre madre: ruega por ella que es gran pecadora y no la olvides nunca en tus oraciones.

Dias despues, Casto, que este es el nombre de nuestro héroe, salió de su casa provisto de cuanto en su largo viaje podría necesitar, y acompañado de la bendicion de sus padres y del cariño de cuantas personas le conocian, emprendió su peregrinacion resignado á sufrir la suerte que Dios le tuviese preparada lejos de aquel matrimonio, cuyos imprudentes deseos, en su opinion Dios habia de castigar, por mas que él como buen hijo, hubiese ocultado este pensamiento en la conferencia que con su madre tuvo para no aumentar sus lejítimos dolores. Habia, sin embargo, algo en él, de que en vano procuraba darse cuenta, que le movia irresistiblemente á confiar de que no se cumpliría en él aquel, por su parte, no merecido sino; algo que apartaba de su memoria aquellas fatídicas ideas avivadas con la dolorosa ausencia que se imponía.

Entre estas esperanzas y temores, llegó cerca del oscurecer á un pueblecillo á donde pidió posada para descansar aquella noche, rogando que le avisaran al dia siguiente muy temprano para ir á visitar la Iglesia y pedir á Dios que le iluminase en su incierto camino. Hízolo nuestro posadero como se lo mandaron; y cuando la próxima mañana, vuelto ya de rezar sus oraciones, se disponia de nuevo á emprender su viage, se encontró en la puerta de la posada con un rico mercader, que se ofreció gustoso á servirle de guia hasta el pueblo inmediato, á donde segun dijo, le llevaban negocios de importancia Alegre y confiado admitió la desinteresada oferta que aquel improvisado compañero le hacia; oferta que fué motivo de su primer engaño; pues en el camino tuvo ocasion de conocer, valiéndose del maternal consejo, que no era la conveniencia suya, sino la propia, la que buscaba en acompañarle aquel desconocido.

Vanamente recorrió Casto pueblos y mas pueblos en la es-

peranza ¡pobre niño! de encontrar hombres diferentes, mudando tierras: mercaderes y labriegos y militares y, oh! para el inesperado caso! hasta gente de sotana dieron el mismo pago á su candorosidad y á su falta de mundo. Ya llegaba quizás, al terrible trance de perder la fé en los hombres, cuando, en una calorosa mañana de verano que caminaba solo sin otra compañía que la de Dios y la de sus devotos pensamientos, tropezó con un anciano que con voz digna y reposada pidióle humildemente una limosna por amor de Dios. Habia tanta tranquilidad, tanta resignacion y dulzura en aquella súplica que Casto levantó su cabeza agobiada por dolorosas ideas y, deteniendo la poderosa mula que montaba, fijó sus ojos en quien se la dirijía mientras buscaba en sus bolsillos una moneda de plata para echarla en el sombrero que hácia él veia estendido. Encontrola por fin y dándola al pobre con un *vaya! hermano!* se disponia á seguir su marcha; pero aquel, lejos de tomarla, la rechazó diciendo: Dios que agradece lo mismo lo poco que lo mucho prohibe al pobre tomar lo innecesario; dadme una moneda de cobre y San Antonio irá en vuestra compaña. El recuerdo del santo para él tan querido, la estraña respuesta del pobre y el cariñoso acento con que pronunció sus palabras hicieron á Casto fijarse de nuevo y con curiosidad mayor en el anciano, advirtiéndole esta vez un aspecto tal de recojimiento y de virtud que le inclinó á pensar si seria algun peregrino vuelto de Tierra Santa, que acaso encerraba aún los destrozados pies en la misma rota sandalia salpicada de sangre con que hiciera su santa peregrinacion: asegurábale más de esta idea que ocurrió á su mente, el rosario de gruesas cuentas que colgaba de su muñeca y el escapulario que pendia de su cuello.

—Perdonad, hermano, si al ofreceros una limosna que os parece escesiva, os he ofendido.

—Cuando se dá por amor de Dios nada es mucho: si no he

tomado la moneda que me habeis ofrecido es sólo porque ella pertenece á pobres que mas que yo la necesitan. En el morral que veis en mis espaldas llevo cuanto puede hacerme falta para mi mantenimiento de hoy. En cuanto á mi vestido... *considerad como crecen los lirios del campo: no trabajan ni hilan.*

—Al menos montad en mi mula que es muy fuerte el calor y el camino largo y pedregoso.

—A pié y solo á pié consentiré en acompañaros: *mas estrecho aún es el camino que lleva á la vida: y pocos son los que atinan con él.*

Desistió Casto de su porfía convencido de su inutilidad y apeándose de la mula y tomándola del ronzal echó á andar con aquel estraño compañero entablándose entre ambos un animado diálogo que se interrumpió, cuando mediado el dia, y sintiéndose el jóven con grandes ganas de comer y descansar un rato, propuso á su compañero que á la vera de una fuente se sentasen para tomar un bocado y templar la sed con aquella agua pura y cristalina que la naturaleza tan generosamente les brindaba. Así lo hicieron, negándose el anciano á tomar otra cosa que el menor de dos pedazos de pan que Casto con toda intencion cortó desiguales, acordándose de los consejos que al partir le diera la buena de su madre. Lo bien que en esta ocasion le salió la prueba animóle á suplicar al anciano que no le abandonase; prometiéndole compartir con él cuanto llevaba: mas este contestó que él vivia de pedir limosna, que solo de raices silvestre en los campos y pan duro en las ciudades por penitencia se alimentaba y que á todas las riquezas y honores del mundo, aquella miserable vida preferia; que él queria *atesorar su tesoro donde el orin ni la polilla lo consumiese, y en donde ladrones no lo desenterrasen ni robasen*, que era inútil, por tanto, cuanto hiciera por separarlo de aquella vida; que caminára solo ya que á su edad y buenas prendas, buen porvenir de-

bia estar reservado, muchomas siendo, como en suconversacion habia descubierto, creyente en Dios y en su Santisima Iglesia. Razones á su juicio tan de seso y poco comunes hicieron desistir de su intento á Casto, quien propuso al anciano que le concediera permiso para acompañarle en su peregrinacion y para con él pedir limosna, Accedió el pobre, no sin hacer antes á Casto muchas reflexiones sobre lo azaroso de la vida que iba á emprender, sobre su falta de costumbre para resistir las fatigas y penalidades propias de ella, imponiéndole además la condicion de que se despojase de sus bienes, obligándose á compartir con él todo cuanto en adelante adquiriese el dia en que por cualquier circunstancia se separasen. Así lo otorgó Casto y, reposado del camino, emprendieron ambos á pié la marcha á una ciudad populosa no muy distante con gran contento del jóven que desde aquel momento comenzó á mirar á aquel anciano como á un segundo padre, encantado de sus sanos y religiosos consejos y atento siempre á la salvacion de su alma. *Unete siempre á quien prefiera los bienes del cielo á los terrenales que son perecederos*. recordaba que le dijo su madre antes de partir.

Entrados en la ciudad nuestros caminantes y despues de vender la mula y cuanto llevaban y distribuir todo el dinero entre los pobres, comenzaron á ejercer su cristiana profesion pidiendo de puerta en puerta una limosna: la caridad de las gentes subvino con holgura á sus reducidas necesidades y al pago de una modestisima sala donde juntos oraban dando gracias al Todopoderoso porque les conservaba la salud del cuerpo bien de no mucha monta que les permitia continuar en compañía, procurándase la salud del alma. bien de los bienes.

Un dia, hacia ya muchos que estaban en la ciudad, entró Casto en una tienda de comercio á pedir una limosna en ocasion que un dependiente preparaba una cantidad que habian

¡do á cobrar, escribiendo en un papelillo con un grueso y mal afilado lapiz sumas y restas y multiplicaciones que sin duda no le salian del todo bien pues sudaba, se rascaba la cabeza. se tiraba de la oreja y de nuevo volvia á su apurada tarea.

—Medio y medio, uno: y medio, uno y medio: y un cuartillo, uno y tres cuartillos, y *van tres: tres* y tres son seis y ocho catorce y tres diez y siete, diez y siete y nueve veinte y seis y ocho treinta y cuatro y siete cuarenta y una: como antes! en cuarenta y uno llevo cuatro: *cuatro* y cinco son nueve y ocho diez y siete, diez y siete y nueve *veinte y ocho*, veinte y ocho y dos treinta: justo, treinta y en treinta tres: tres?—tres: *tres* y cuatro siete y ocho quince, quince y ocho veinte y cuatro y siete treinta y uno: esto es y en treinta y uno tres: tres son tres: nada treinta y un mil once reales y tres cuartillos. lo mismo que antes: esta es la cuenta.

—Pero hombre, decia el dueño de la tienda, por el amor de Dios y de todos los santos, como es posible que haya esa diferencia de veinte y nueve mil y pico de reales con la cuenta que traen á cobrar: no te acuerdas tú que aunque en diferentes partidas las varas de género que se trajeron fueron seiscientas y cada una salia á cuatro reales y pico? Cómo quieres mentecato que demos treinta y un mil once reales y tres cuartillos por seiscientas varas de percal?

—Le digo á V. que la cuenta está bien hecha, sino escribala V. y repásela V.; mire V., cuatrocientos cincuenta y tres reales y medio por un lado: ochocientos ochenta y ocho reales y medio de otro; de otro, ochocientos noventa y tres y medio y por último, setecientos veinte y nuevo reales y un cuartillo: ahora sume V. El dueño lo intentó pero con tan mal éxito que no ya treinta y un mil y pico de reales sino trescientos diez mil reales sin pico de cuartillos, fué lo que le resultó de la endiablada cuenta y era que entre tanta suma y resta y multi-

diablada cuenta y era que entre tanta suma y resta y multiplicacion y tanto número borrado y enmendado habiasele hecho un monte lo que era una llanura, y el establecimiento y la calle y el dependiente y Casto, á quien hasta entonces no habia visto, le daban mil vueltas alrededor.

En tanto nuestro héroe que habia permanecido silencioso no atreviéndose á turbar la sosegada paz de aquellos dos disparatadores numéricos, que con tan entera justicia vivian juntos bajo un mismo techo, se decidió, movido á compasion, á pedir al dependiente el lapiz y el papel y en menos de lo que se persigna, un cura loco como decirse suele, y, en mucho menos de lo que tardó el dueño de la tienda en apercibirse de aquella estraña y en cierto modo para él enojosa pretension, sacó la sencilla cuenta cuyo total como ya se habrá alcanzado á la feliz perspicacia de nuestros lectores, dado el conocimiento de los sumandos, no era de trescientos diez mil reales, sino de dos mil novecientos setenta y seis y tres cuartillos como rezaba el papel que traia el muchacho que de parte de su amo venia á cobrar.

Suspenso y maravillado de tamaño prodigio quedó el comerciante quien ni en sus sueños, ni aún con toda la fuerza *aumentatriz* de su fantasía alcanzó jamás á figurarse que hubiese en aquellos tiempos (en los cuales sin duda no se encontraban como hoy personas que entiendan de cuentas al revolver de cada esquina) un muchacho pobre y andrajoso capaz de resolver tan dificultosos problemas.

Bien, es verdad, que como Casto al fin no era quien había de satisfacer la cantidad veriála con diferente ojos que el comerciante á quien, cuando habia de hacer un pago, antojabánsele doblones de á ocho los escudos de plata, condicion en la cual y dicho sea de paso, sino inclinaciones tan cristianas y evangélicas como las de Casto revelaba al menos cierto carác-

ter amoroso y tierno no despreciable del todo mundanal y poco piadosamente hablando. ¡Y qué de estraño, discretos lectores, que el pobre comerciante que tan bien se llevaba con sus monedas se turbase al verlas partir acaso para no volver y confundiere los números escritos en el papel con los números con que él las representaba en su fantasía!

Vuelto sin embargo de su sorpresa y tan gozoso al ver ajustada la cuenta como despechado el dependiente por sus equivocaciones preguntó á Casto que á qué habia venido á su establecimiento: respondióle este que á pedir una limosna á lo que no se habia atrevido por no interrumpirles. Entonces el comerciante le hizo entrar en su escritorio y despues de numerosas preguntas, de las cuales sin duda hubo de quedar muy satisfecho, propúsole si tendria inconveniente en quedarse con él, que al principio le daria comida y casa sin perjuicio de señalarle un sueldo para mas adelante. A no haber hecho una promesa que me impide admitir vuestro generoso ofrecimiento hoy mismo me quedaria con V.: sin embargo espere V. á mañana que yo le daré una contestacion definitiva, y esto diciendo Casto se despidió y salió de la tienda.

Aquella misma noche consultó al anciano sobre lo ocurrido, y este léjos de manifestar oposicion alguna aconsejó á Casto que aprovechará la oferta diciéndole: que sirviendo á un amo se ejercita la evangélica virtud de la paciencia no inferior á los ojos de Dios, á la de humildad, y, que acaso estuviera en sus incomprensibles fines probarle de este modo; que en cuanto á él, que seguiría pidiendo, podria verle todas las noches si el dueño como era de esperar le daba permiso.

Trabajo costó á Casto esta vez obedecer y separarse de aquel buen viejo á quien en tan corto tiempo habia tomado ya entrañable cariño; mas como tenia la mansedumbre de la oveja y hábito de respetar como órdenes los mas ligeros con-

sejos dispúsose á obrar como le mandaban pidiendo á Dios y á San Antonio en sus oraciones que le diese las virtudes que para su nuevo género de vida necesitaba.

Grande fué el regocijo del comerciante al ver entrar á Casto en su tienda al dia siguiente, y de buen grado le otorgó licencia para visitar á su padrino por las noches.

Quedó, pues, instalado nuestro héroe en el comercio adonde comenzaron á afluír numerosos marchantes atraidos por su génio dulce y bondadoso y su agilidad y despejo para el servicio, con cuyas cualidades el dueño veia acreditarse su establecimiento de dia en dia y por momentos prosperaba hasta el término de ser considerado como uno de los mejores de aquella ciudad, cuyo nombre para castigo de los curiosos no citaré yo aquí, ya que la mujer que me contó este cuento me condenó por mas esfuerzos que hice á sufrir la misma pena.

Asi las cosas Casto escribió á sus padres haciéndole saber su nueva profesion y dándole cuenta detallada de lo que hasta entonces le habia ocurrido, sin olvidar hablarle del anciano á quien seguia viendo todas las noches y de su principal, persona muy buena y bondadosa para con él y á quien procuraba satisfacer por cuantos medios podia. Gran contento recibieron los padres con esta carta y aun hay quien asegura que la madre no resistió á la tentacion de enseñarla á una vecina muy amiga suya á quien habia anunciado antes con suma gravedad la muerte de su hijo en el ánimo, que buena mujer! de que divulgada y esparcida la noticia por todo el pueblo no fuesen á buscar á su hijo para ajusticiarle como era su sino cuando se cumpliese el plazo fatal para lo que solo restaban ya dos años, siete meses, cinco horas y segundos segun su cuenta.

En tanto la tienda del principal de Casto acreditábase de modo que mi pluma jamás acertaria á encarecer, cuando, un dia el de Santa Valvanera, que es patrona de los comerciantes co-

mo de los artilleros lo es Santa Bárbara, salió nuestro jóven para respirar del aire libre y gozar con sus compañeros de una soberbia cena que tenian preparada en aquella para ellos célebre noche. Fué la cena animada y entretenida y en ella se hizo conversacion de las penalidades del comercio y de las ventajas que cada uno disfrutaba en la casa en que servia. Sobre todas ponderó Casto la de la ilimitada confianza que en él depositaban de mucho mas mérito en su opinion qué todos los intereses del mundo, confianza que le sostenia y fortificaba en sus buenos deseos de trabajar para acrecentar el caudal de sus señores. Estendíase sobre su mucho agradecimiento, nuestro héroe, cuanda uno de sus compañeros le interrumpió diciéndole con cierto aire y retintin maliciosillo y burlon:

—Creeremos lo que V. nos dicé por ser V. quien nos lo dice y porque en último caso mas vale creerlo que irlo á averiguar, pero á mí se me antoja que no es prueba de la cariñosa confianza que V. tanto alaba la recelosa conducta que observan con V. A su bondad mas que á justos motivos atribuyo yó el agradecimiento que manifiesta á su principal. ¿Creen Vds. señores, añadió, el que hablaba, que debian ocultar á este jóven el tesoro de la casa ni mas ni menos que si fuese salteador de caminos?

Mohino y cabizbajo y sin saber que contestar quedó Casto con esta broma que fué saludada por sus compañeros con ruidosas carcajadas á las que sé mezclaron frases tales como las siguientes:

—Miren Vds. de lo que sirve ser laborioso y honrado...

—Por supuesto que eso era de esperar, cuando uno se porta bien...

—No seria yo ciertamente quien tolerára eso...

—Siempre abusan del que es bueno... si Casto no lo fuera tanto acaso conoceria ya á ese tesoro escondido.

—Es verdad, dice bien, si no lo fuera tanto..... si no lo fuera tanto.... á esta picante y tenderil agudeza cuyo sentido no alcanzó á descifrar nuestro héroe, siguiéronse otras, hasta que terminó aquella cena alegre para todos menos para él que acaso por la primera vez en su vida durmió mal é intranquilo.

A escesos de la noche anterior achacó el comerciante la mala cara de Casto al dia siguiente, mas cuando pasados algunos vió á aquel preocupado y triste y sin ganas de comer, movióse á preguntarle la causa de su estado, viniendo pronto en conocimiento por sus respuestas, como hombre que conoce el paño, que era, que tendrian no pequeña parte en su tristeza los chismes y habladurías de los dependientes que aprovechándose de su candorosidad habriánle llenado la cabeza de muñecos, como decirse suele en la bendita tierra de María Santísima. Y en efecto era así; desde que volvió de la cena no habia dejado de reinar en lo del *tesoro* hasta el punto que venciendo su dignidad de hombre á sus misticas y devotas virtudes, se atrevió á decir á su principal que buscase dependiente en quien mas confiara y descansase, que él sé daba por pagado y se retiraba á la modesta vida que antes llevaba, mas feliz, siendo humildísima, que la que le esperaba al lado de quien le ocultaba desconfiadamente un tesoro. Admitió la propuesta el principal rogandole que permaneciese en su casa unos dias mientras buscaba otro dependiente; admitió Casto, quedando tan embebido en sus pensamientos que no observó en la cása cierto inusitado movimiento como de recibir huéspedes, ni un coche que por la tarde paró á la puérta de la tienda, coche del que se apearon una señora de edad y una linda jóven que el principal y su esposa recibieron con los brabos abiertos y los ojos llenos de lágrimas.

Aquella noche Casto fué á ver á su padrino como de cos-

tumbre y, no hallándole en casa, volvióse á la tienda. La prontitud con que su principal habia aceptado su oferta de irse, el cariño y amabilidad con que le habian tratado siempre, el temor de ser acaso injusto con aquella familia, el escrúpulo de no haber tenido la mansedumbre suficiente para sufrir la inmerecida desconfianza que de él hacían y aún el no haber encontrado á su padrino en su casa, cosas eran todas que le tenian en un tristísimo estado de ánimo. Así se hallaba cuando bajó un mozo á decirle que los señores le esperaban para cenar, estrañóle á nuestro jóven lo temprano de la hora, mas obedeciendo y procurando desechar sus ideas subió como le mandaban. Mayor fué su estrañeza al encontrar en el comedor, además del principal y su señora á una anciana y á una jóven cuya cara al pronto no pudo ver por hallarse en un rincon conversando con la esposa de su principal. Sentados á la mesa dijo este á Casto señalando á la señorita que sentó á su lado con una sonrisa benévola y cariñosa; os presento el *tesoro* cuya ocultacion tan quejoso os tiene conmigo, y luego dirigiéndose á la niña añadió; María este es el jóven de quien tu madre y yo te hemos hablado en nuestras cartas; una casualidad te hace conocerle porque nos abandona pasado mañana.

Se marcha usted? dijo la niña con infantil ingenuidad.

Casto levantó entonces los azules ojos y fijólos en la jóven, luego volvió á bajarlos y balbuceó muy cortado... Me habian engañado y... no me habian engañado.

La jóven no entendió una palabra, pero se puso colorada como una amapola.

Casto aquella noche comenzó mas padres nuestros de los que tenia de costumbre: en sus sueños vió á San Antonio con el entrecejo muy fruncido.

Pasaron tres dias y el jóven no se fué de la casa: era María

tímida, ruborosa y sus ojos castaños de una dulzura superior á la del caramelo: recojida en su habitacion y entregada á las tareas de su sexo solo veia á Casto á las horas de la comida y de la cena. Cómo pasaron las cosas no me lo supieron nunca esplicar, ni por saberlo yo hice grandes esfuerzos. Solo me dijeron que el jóven al principio esquivaba mirar á la jóven luego buscaba con avidez sus purisímos ojos, y que llegó por último á encontrarlos para su dicha ó su desgracia, como mas adelante se declarará en este cuento.

Una esquela amorosa oculta en un lindo ramo de flores valió al jóven otra de letra mas redonda y rasgueada que ortografía en la que se le confirmó por escrito lo que ya le habian anticipado las miradas de la doncella: á esta primera esquela siguieron otra y otra y otra, con las que acabaron de confundirse en uno aquellos dos corazones, ó segun la cuentista, de enredarse para siempre en las zarzas del amor que son las zarzas mas enredadoras del mundo.

Los padres de María haciánse los desentendidos sin proteger aparentemente ni impedir de hecho el crecimiento de aquella planta que con tal esmero cultivaban aquellos dos jóvenes, pensando (y á fé que cuerdamente) que, aún siendo el jóven pobrísimo en dinero, tenia en sus buenas prendas y en su amor al trabajo caudal mas que sobrado para compensar la buena dote de la niña.

Pasados algunos meses, durante los cuales nuestros enamorados se quisieron mucho y se lo dijeron cuantas veces pudieron, toda vez que hasta tanto, segun la jóven, no llegaban las prohibiciones del Evangelio, Maria indicó á su amado que pidiese su mano á sus padres, hízolo así Casto saliendo de su empeño tan bien y tan airoso como el lector podrá haberse calculado. Obtenida esta licencia fué á consultar á su padrino sobre la resolución que con Maria tenia concertada de unirse con

ella ante los altares para el dia del Purísimo Nombre: dijóle su padrino que no podia casarse hasta tener cumplidos los veinte años de su edad, y en su virtud le aconsejó esperar hasta que el plazo se cumpliese. Muy mal supo á la jóven este consejo. quebrantándose tanto en su salud desde entonces que los médicos llegaron á vaticinar mal de su suerte sino se ponia pronto y eficaz remedio al abatimiento moral que la dominaba. Preciso fué al jóven insistir de nuevo con su padrino para que les consintiera casarse, y este, en vista de las circunstancias, dióles permiso, pero imponiéndoles la condicion de que por bajo ningun concepto durmiese con su mujer ni la tocase á su cuerpo hasta tanto no cumpliese los veinte años. Con gran regocijo acojió la noticia esta vez la purísima doncella á quien halagó sobre manera la idea de no dejar de serlo con el nuevo lazo, pues aunque es verdad que ella no sabia que su marido tenia algo de santo, con cuya ignorancia cabe la sospecha de los maliciosos de que no confiase en el estricto cumplimiento de la promesa, es lo cierto también que no hay primeriza tan ignorante que no conozca el teson de los varones que somos en cuanto á castidad, cuando firmemente nos proponemos esta evangélica virtud, mas incorruptibles é impecables que las severas estátuas de Lain Calvo y Nuño Rasura, de las cuales ni aún las lenguas mas murmuradoras y maldicientes osaron nunca decir que entornasen ó guiñasen los adustos ojos á las lindas burgalesas que de contínuo las miran y sonrien.

Casaróns e pues, nuestros enamorados y aunque él respeto la condicion impuesta, ella ¡ni aún por esto! se mostraba tan satisfecha como de tan virtuosísimo matrimonio podia presumirse, antes bien y sin duda por lo que hemos dado en llamar incomprensibles misterios del corazon humano, comenzó á encelarse de aquel escrupuloso padrino á quien Casto iba á visitar todas las noches, viejo que acaso acaso y aún siendo tan bue-

no como su marido lo pintaba, fuese el pretesto bajo el cual ocultaba este su verdaderamente admirable y prodigiosa fuerza de voluntad.

Tenia María un tio coloradote y en estremo bondadoso que la conoció desde niña y que la queria como á hija propia: á este tio, á quien sus tareas religiosas dejaban mucho tiempo desocupado, encargó la niña vigilar la conducta de Casto quien la tenia cada dia mas recelosa y acongojada con sus contínuas salidas de por las noches. Avínose el buen sacerdote á tan caritativo papel y desde entonces comenzó á observar los pasos de Casto convenciéndose hasta la evidencia que eran de todo punto infundadas las dudas de su sobrina y que aquel no iba á otra parte que á casa de su padrino con quien pasaba las horas muertas, como decirse suele, rezando y conversando.—Sé razonable dijo á su sobrina y reflexiona que el tiempo pasa muy pronto y ya está muy cercano el dia en que tu esposo no piense mas que en dedicarse completamente á tí. Conformábase la jóven, en cuanto era posible, con estas razones, ocultando sus lágrimas delante de su marido, á quien idolatraba, y así, entre enjugarse los ojos y pedir noticias á su tio, corria el tiempo y se acercaba el plazo fatal.

Una pesada noche de verano, en que negras y densas nubes encapotaban el cielo, amenazando tormenta, el servicial sacerdote, rebujado en los negros manteos y oculto en un estrecho portalillo, acechaba la morada del padrino de Casto: así estaba hacia un rato cuando le vió salir agarrado del brazo de su ahijado: y llamándole la atencion aquella salida á tan desusada hora, determinó seguirlos recatándose con las sombras de los edificios y escondiéndose al doblar las esquinas.

Puso por obra su pensamiento, creciendo por instantes su estrañeza al ver á los nocturnos rondadores correr calles y

mas calles y atravesar callejones y plazas, y ya más de una vez, picado de miedecillo, que al fin su oficio más era de manso que de valiente, tuvo intenciones de retroceder en aquella rara aventura, y en más de una ocasion llegó á creer que el ruido de sus propias pisadas era rumor de gentes que le seguian y que las sombras cada vez más crecientes, que en las paredes se dibujaban, eran bultos de personas reales, malhechores sin duda, que venian á pedirle además de la bolsa, cuenta de aquel caritativo espionage, en que para daño de sus culpas y por amor á su sobrina se habia metido.

Hubiera realizado sin duda su prudente propósito á no haber visto á sus descuidados perseguidos entrar sin recelo alguno en una iglesia que al paso se encontraba, sacó entonces fuerzas de flaqueza y alentado por lo sagrado del lugar penetró tras ellos en la confianza de que allí al menos nada habia que temer de brujas, duendes, ni demás gente de esta ralea, aunque algun escozor le quedaba todavía de tener que habérselas con séres mas corpóreos y macizos. Serenóse un tanto su ánimo al ver á Casto y á su padrino arrodillados junto al altar mayor dirigiendo sus preces al Altísimo. ante unos gruesos cirios cuya amortiguada luz que mas parecia arder que no alumbrar, hacian mas densas las sombras de aquel templo solitario sobre cuyas bóvedas amenazaban estallar las iras del cielo y se arremolinaban yá como fatal agüero, las apiñadas nubes y caliginosos vapores de aquella oscura y tenebrosa noche.

Estaba sin embargo de Dios que el pobre sacerdote no gozase de tranquilidad por mucho tiempo y que á un sobresalto sucediese otro sobresalto, y á un temor otro temor: diez minutos no haría que arrodillado tambien cerca de la puerta rezaba por lo bajo una oracion, cuando un horroroso trueno le obligó á cerrar los ya intranquilos ojos, persignándose apresuradamente.

Mayor fué su asombro al abrirlos de nuevo y creer distinguir sobre un lienzo mortuorio estendido en el centro de la iglesia un catafalco revestido de graves paños negros y encima un banquillo á cuyos lados destacábanse informes dos bultos de siniestra catadura: vino á trocar su asombro en estupor un relámpago á cuya luz rojiza vió distintamente una escalerilla apoyada en aquel estraño tablado, á Casto subiendo por ella y á su padrino con los brazos estendidos mirando hácia lo alto con suplicante actitud. ¿Qué significaba todo aquello, qué estraña ceremonia iba á verificarse en aquella Santa Iglesia miéntras dormian los moradores de la ciudad ó azorados y temblando cerraban las puertas y ventanas de sus viviendas, encendíenda precipitadamente religiosas luces á Santa Bárbara patrona de las tormentas y de los artilleros? No lo sabia. Pero la hora, el lugar, su mísmo eclesiástico carácter, aquel repentino cambio de decoracion de que en vano procuraba darse cuenta, y algo terrible, que sentia pesar sobre su cabeza, hacíanle ya mirar las esbeltas columnas que sostenian las bóvedas como si fuesen los gruesos, pesados y fatigantes pilares de las iglesias bizantinas que abruman el espíritu y agobian el corazon. En esta situacion de ánimo el reloj de la torre dió una... dos... tres... cuatro... cinco campanadas... hasta doce: con la dilatada vibracion de la última coincidió un efecto de luz que lengua humana no fuera osada á describir fielmente: el interior del templo minutos antes imponente y abrumador, comenzó á reflejar delicado bello encanto que siente el artista en presencia del monasterio de las Huelgas ú de cualquier otro monumento del arte románico: los objetos todos fueron distinguiéndose unos de otros, destacándose dulcemente y adquiriendo con aquella luz melancólica un leve movimiento de vida: la blanca barba del padrino de Casto que elevaba los ojos al cielo en actitud reverente, la resignada fi-

gura de aquel jóven cristiano sentado en el banquillo dispuesto á morir, en cumplimiento de su *sino* ahorcado por dos hermosos angeles que ya se aprestaban á ceñir á su inocente cuello blanquísimo dogal, y la sacratísima imágen de la vírgen que contemplaba aquella escena tristísima por lo que representaba, y dulce por el género de luz que la iluminaba, hicieron al ya estupefacto sacerdote caer en un vértigo y sentir en su alma cosas que jamás acertó á esplicarse. Cuanto tiempo permaneció en aquel estado nunca lo supo, solo sí que llegó un momento en que nuevas y mas poderosas oleadas de luz fueron coloreando á los personajes de aquel drama ignorado; que comenzó á sentirse ese delicado ambiente en que se mueven y respiran los santos de Murillo y que por último, cuando ya los angeles apretaban con sus dogales el inocente cuello de la víctima y cubria á este palidez mortal, la vírgen irradió sobre su cabeza una aureola resplandeciente estendiendo sobre ella un riquísimo manto cuajado de oro y perlas cuyo brillo deslumbrador traia involuntariamente á la memoria el fastuoso lujo de los Orientales: adelgazáronse entonces las columnas, eleváronse las elegantes bóvedas y rasgándose el templo como por un efecto de fantasmagoría, vióse á la vírgen ascender á los cielos: el sol, rompiendo entonces las nieblas de la mañana y descomponiéndose en las pintadas vidrieras de aquella ojival capilla en miles de colores, trajo al sacerdote el sentimiento de la realidad. Habíase cumplido el *sino* de una criatura y habia lucido un nuevo dia: la virgen y los angeles, Casto y su padrino y el catafalco y el paño mortuorio todo todo habia desaparecido.

Los gritos de los vendedores en las calles trajeron á la mente del sacerdote la idea de que era ya necesario abandonar la iglesia; hízolo así y el airecillo fresco de la madrugada y lo mojado del piso obligáronle á aligerar el paso y á retirar-

se á su casa á descansar de las distintas y contínuas emociones de aquella noche.

Punto creí que pondria aquí la cuentista á su largo cuento, pero como aún no llevaba trazas de concluir me fué imposible resistir á la tentacion de preguntarla si á Casto lo ahorcaron por fin ó no le ahorcaron antes de la aparicion de la vírgen y si lo que vió el sacerdote fué ilusion de su turbada mente ó fué efectivamente realidad.—Si señor fué realidad, me contestó: á Casto lo ahorcaron porque *ese era su sino*, solo que no murió; pero para saber esto y algunas cosas mas preciso será que me presteis paciencia por algunos minutos.

Continúe V.

Pues señor, como decia á V. de mi cuento que por lo largo, segun parece, ya le vá cansando, nuestro héroe aunqué fué ahorcado no murió porque la vírgen despues de estender sobre él su rico manto ordenó á los ángeles que le descubriesen y desatasen los cordeles que ceñian su resignado cuello: María en tanto que aunque no estaba en los pormenores del *sino* sabia que aquella noche terminaba la forzosa y prolongada cuaresma á que el padrino los habia condenado, esperaba á su marido con mas impaciencia que de costumbre, impaciencia nacida por un lado del temor de que le hubiese ocurrido alguna desgracia y por otro ¿porqué no decirlo? de recelos de tanta devocion y padrinazgo á horas tan avanzadas de la noche. Inútilmente procuraba distraer sus dolores arreglando los preparativos del viaje que con su esposo tenia concertado para el dia siguiente al en que cumpliese aquel veinte años y espirase el plazo fatal: con las horas que trascurrian crecian sus amarguras y desconsuelo hasta el punto que, cuando desechada la tormenta y alboreando el dia, vió entrar á su marido sano y salvo

acompañado del anciano, cayó en sus brazos hecha una Magdalena de lágrimas—No llores María y enjuga para siempre esos hermosos ojos: ya soy enteramente tuyo y no tenemos que pensar mas que en despedirnos de tus padres é ir á ver á los mios que lloran por nosotros ansiando el momento de estrecharnos contra su pecho.—¿Pero dónde has estado? ¿acaso otra mujer....? Casto y el padrino contaron entonces á María todo lo ocurrido en aquella lóbrega noche, con gran admiracion de esta que vió desde aquel momento á su esposo como á un ángel del cielo y le pidió perdon de sus dudas y de sus desconfianzas. A esta escena tan conyugal como era posible, dada la venerable presencia del padrino, sucedió otra no menos tierna en que se despidieron de los comerciantes y emprendieron la marcha para el pueblo de Casto.

Sin incidente que sea de referir continuaron nuestros tres viajeros hasta que llegados á la fuente donde se reunieron por primera vez el jóven y el padrino, propuso este á los esposos que se apearan de las caballerías para despedirse allí de ellos y llevar á efecto lo que hacia dos años habia convenido con Casto en aquel mismo sitio. Apeados y dejando á los caballos pacer la abundante yerba, sentáronse los tres caminantes y el anciano dirijiéndose á su ahijado dijo con la misma voz solemne con que pidió la limosna:

—Aquí nos reunimos y aquí nos hemos de separar, réstate á tí ahora cumplir la promesa que me hiciste de partirlo todo conmigo el dia que por cualquier circunstancia tuviésemos que separarnos: tú estás casado: yo aún no he terminado mi peregrinacion: preciso es que te abandone: preciso es que cumplas tu promesa.

—No la mitad, sino todo lo que poseemos os lo daremos con gusto, dijo tímidamente la doncella.

—Padre mio no os separeis de nosotros, en María y en mi tendreis dos amorosos hijos que os cuidarán en vuestra ancianidad, dijo Casto.

—No hijo mio; *el casado casa quiere,* en ella mi presencia seria importuna, además un deber de que no puedo prescindir me obliga á abandonarte: antes sin embargo tengo que pedirte un horrible sacrificio: es necesario que consientas que con esta espada, añadió sacando una que llevaba oculta en su traje, divida á María en dos iguales partes, ya que compartirlo todo fué el pacto, que hiciste conmigo á la orilla de esta misma fuente.

—Hágase tu voluntad Dios Todopoderoso, dijo Casto, elevando los ojos al cielo mientras el padrino levantaba la airada espada sobre la purísima cabeza de María.

—No, Casto: no temas: tu *sino* está cumplido, *ahora he conocido que temes á Dios:* véte con tu mujer y goza de la felicidad que es posible en la tierra; yo soy el santo á quien tú tanto rezabas cuando niño; yo soy San Antonio. Mientras el anciano pronunciaba estas palabras transformábase por momentos su figura y rodeado de una aureola de luz divina, ascendia á los cielos á la vista de Casto y de María que postrados de hinojos creyeron oir una música deliciosa y celestial....

Alejado San Antonio, único personaje que prestaba á este cuento cierto tintecillo de divino, las cosas sucedieron como suelen suceder en este mundo infame. Casto que por primera vez vió á María con ojos de marido púsose de travieso insoportable, por lo que la inocente niña se creyó en la necesidad de huir á un sitio retirado y sombrío donde se ocultó, pero tal fué su desgracia que Casto dió con ella á los poco momentos y reparando en lo ameno y aparente del lugar y encontrándola fatigadita de correr descansando sobre un

cesped menudo á cuyo alrededor crecian verdes arrayanes y olorosos juncos, aceptó aquel improvisado lecho nupcial y entre ardientes caricias y breves y sazonadas pláticas con las que disipó su formidable enojo rindióse al sueño en brazos de su dulce compañera. Así durmieron nuestros esposos un largo y sabroso sueño del que vino á despertarles el melancólico canto de las coguyadas y el ardiente y prolongado cantar de las alondras, que en el suelo y cirniéndose en el aire despedian con pena aquel delicioso dia. Tomando entonces los caballos hartos de pacer la abundante yerba y recojiendo algunos objetos que yacian por el suelo despidiéronse de aquellos lugares que tantos secretos suyos conservaban, y de nuevo emprendieron su camino para el pueblo sin que en los dias que en él invirtieran les sucediese cosa digna de contar ó que por natural y corriente no sea por todos fácilmente sospechable.

La alegría de los padres al recibir el matrimonio fue inmensa: la madre besaba á Casto y lo miraba y lo besaba otra vez y lo volvia á mirar: despues acariciaba á María y le preguntaba ¡mire V. que es pregunta! sino era verdad que su hijo era muy bonito. En esto llamaron á la puerta y una criada de la vecina vino de parte de su ama á preguntar como habian llegado los viajeros y á traer una riquísima torta de almendra hecha aquel mismo dia, y otra muchacha trajo tambien de parte de sus amos unas riquísimas fresas cojidas aquella misma tarde, y otra amiga quiso venir ella misma en persona á ver á Casto y á regalar á la recien casada un precioso canastillo de flores y un par de pichones que (no porque fuesen de ella) pero eran los mas bonitos que habia en todo el pueblo: en tanto el padre que despues de abrazar á los novios habíase perdido en la casa para dar sus disposiciones, vino á avisar con voz que procuró aparentar firme, que la comida estaba en la mesa y que en el comedor estaban ya el se-

ñor alcalde, y el cura, y el barbero, y el médico, y el que habia sido maestro de Casto, que venia á dar un abrazo á su discípulo: luégo entraron todos en el comedor, y después de probar apénas de los muchos y muy buenos manjares que en la mesa habia, volvieron á la sala á recibir las infinitas visitas que llegaron á ver á Casto y á conocer á la novia: la madre decia á todos que mirasen á su hijo; el padre hablaba muy seriamente á sus amigos de los asuntos del comercio y de las cosas del pueblo, contestándole miéntras miraba de hurtadillas á su hijo, cada disparate que temblaba el misterio: luégo que todo tiene fin, comenzaron á despedirse los amigos y á anunciar nuevos regalos para el dia siguiente; luégo.... pero á qué más, estas costumbres de pueblo aún se conservan por fortuna en España; ellas serán, sin duda alguna, las verdaderas baces de nuestro engrandecimiento y de nuestra regeneracion moral.

Terminado el cuento, mis lectores querrán saber acaso lo que opino acerca de él, y yo, que deseo someterles al horroroso trabajo de pensar por una vez al ménos, no les he de dar gusto en esta ocasion. ¿Quién me garantizaria á mí de no estár equivocado en mi pensamiento?...

Respecto á la época en que este cuento se hizo, diré francamente á los eruditos que no lo sé, ni áun qué rey gobernaba por los tiempos de su creacion; presumo, sin embargo, que no es muy antiguo: el *sino* de Casto se cumple *por* los *ángeles*, es decir, la providencia cristiana se pone al servicio del fatalismo árabe, siquiera sea para vencerlo *transigiendo* con él. Si Casto era bueno, ¿por qué consintieron los ángeles en parodiar con él el repugnante oficio de verdugo? ¿Qué culpa tenía el pobre muchacho de lo que, si acaso era delito, sería de sus padres y nó suyo? Vamos, que si se estudiase á fondo esta materia, quizás tuvieran más razon los árabes que los cristianos: *la Naturaleza es algo cuya dignidad olvidada por el cristianismo importa reconocer.*

Para el padre de Casto, ¡impío! el tener sólo un hijo después de muchos años de matrimonio, fué pura y simplemente una cuestion de *naturaleza;* sólo que, como la modestia no era su lado flaco, creyó siempre que la culpa no estaba en él, sino en su señora. En cuanto á ésta, era lo bastante honrada para procurar probarle lo contrario.

ANTONIO MACHADO Y ÁLVAREZ.